

COSAS QUE DE LA TRANSICIÓN SE CUENTAN*

Santos Juliá

Estudios estructurales, funcionalistas, culturalistas, de elites, de movimientos sociales y de partidos políticos, de elección racional, de pacto o transacción; estudios desde arriba, estudios por abajo; análisis comparados, dimensión internacional...: sobre la transición se ha acumulado tal cantidad de trabajos que hay donde elegir para construirse algo más que una idea de lo que en aquellos años estuvo en juego. Intentando poner orden en este aparente caos, Pamela Radcliff ha clasificado ese material en cuatro grandes modelos: modernización, globalización, elección de las elites y democratización desde abajo, que presenta como sucesivos en el tiempo y excluyentes en su pretensión totalizadora¹. A mediados de los años noventa habría cobrado fuerza el último de ellos, la teoría de la democratización “como algo originado desde abajo”, un giro en el que habrían sido decisivos los trabajos de Sidney Tarrow, de Joe Forewaker (que es algo anterior, de 1989) y de ella misma². Pero en estas referencias resulta llamativa la ausencia de la primera investigación sólida que planteó “las presiones reivindicativas desde abajo” junto a “la política reformista desde arriba” como los dos elementos

* Publicado en *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, 79 (2010:3), pp. 297-319.

¹ Pamela Radcliff, “Si ocurrió en España, ¿por qué no en cualquier otra parte? Evaluación del ‘modelo’ español de transición a la democracia”, *Pasajes de pensamiento contemporáneo*, 29 (primavera 2009), pp. 109-119. La taxonomía de Radcliff dejaría fuera, entre otros, el modelo de crítica culturalista a la “escuela del pacto” propuesto por Laura Desfor Edles: “Rethinking democratic transition: A culturalist critique and the Spanish case”, *Theory and Society*, 24: 3 (junio 1995), pp. 355-384.

² Sidney Tarrow, “Mass mobilization and regime change: pacts, reform and popular power in Italy (1918-1922) and Spain (1975-1976)”, en Richard Gunther *et al.*, *The politics of democratic consolidation*, Baltimore, Johns Hopkins, 1995; Joe Forewaker, *Making democracy in Spain: grass-roots struggle in the South*, Nueva York, Cambridge University Press, 1989; Pamela Radcliff, “Las asociaciones y los orígenes sociales de la transición en el segundo franquismo”, en Nigel Towson, ed., *España en cambio. El segundo franquismo, 1959-1975*, Madrid, Siglo XXI, 2009, pp. 129-155 [ed. orig. inglesa, 2007] y “La ciudadanía y la transición a la democracia”, en Manuel Pérez Ledesma, dir., *De súbditos a ciudadanos. Una historia de la ciudadanía en España*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pp. 343-371.

clave de la transición. Me refiero a *La política de la transición*, de José María Maravall, publicada en 1982, cuando la democracia no podía darse por consolidada, nadie había formulado todavía la teoría de la globalización ni había dado tiempo de que germinara ninguna historia oficial. De modo que de “presión desde abajo” como determinante de la transición se habla desde el mismo momento en que fue manifiesta la presión desde abajo, o sea, desde la transición misma³. Los autores que escribieron sobre transición en los años setenta y primeros ochenta, sociólogos y politólogos antes que historiadores, tenían claro que ni la acción social es nunca puro azar ni está nunca por completo determinada: quizá esa vieja sabiduría weberiana nos haría a todos algo menos categóricos al anunciar el descubrimiento de un “modelo” explícalo-todo o el hallazgo de un nuevo paradigma.

Lo que la transición necesita es un análisis pluricausal o un análisis multifactorial en el que puedan entrar los elementos procedentes de distintas teorías: esta es la conclusión a la que llega Radcliff. Una conclusión, habría que añadir, que nada tiene de original pues ha guiado buena parte de los estudios sobre la transición en los años ochenta y noventa e incluso antes, cuando la transición era sólo una propuesta política y el Equipo de Estudios o el Informe Foessa, entre otros, destacaban los cambios de sociedad que habían tenido lugar en España en la década de 1960 como base de nuevos movimientos sociales que empujaban hacia un cambio político. El Equipo de Estudios, por ejemplo, escribía en septiembre de 1975, al dar cuenta del “periodo de crisis interna más larga que ha sufrido el régimen”, lo siguiente: “Esta situación está predeterminada por la profunda transformación que se ha dado en la sociedad y en la vida española en los últimos años y es protagonizada políticamente por el dinamismo que los sectores laborales, culturales, religiosos, etc., expresan cotidianamente”⁴. Y Miquel Roca, escribiendo en enero de 1976, decía que “la misma democracia no será un

³ También Robert M. Fishman, *Working-class organization and the return to democracy in Spain*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1990, debe contarse entre los estudios pioneros de la transición “desde abajo”, si por tal se entiende líderes sindicales en los lugares de trabajo.

⁴ Equipo de Estudios, *Al filo de la crisis. España hoy*, Madrid, Ediciones Felmar, 1975. En similar sentido, Luis González Seara, “Los nuevos españoles. Introducción a un informe”, en *Estudios sociológicos sobre la situación social de España. 1975*, Madrid, Fundación FOESSA, 1976, pp. XIX-XXXII.

obsequio o una generosa concesión, sino el resultado de una presión insistente y reiterada que desde la base se eleve hasta los centros de poder”⁵. De modo que ya antes de la transición y durante su transcurso era habitual atender a esa pluricausalidad y esa multifactorialidad que ahora se propone como nuevo modelo para estudiarla: cambio en la sociedad y en la cultura política, de una parte, movimientos obreros, culturales, religiosos, de otra.

Esto fue así porque entonces era común hablar de estructura y acción para dar cuenta de los procesos de cambio social y político: condiciones y actores, estructuras y decisiones, dos tipos de explicación que a Víctor Pérez Díaz le parecían complementarias si se dejaban de lado los extremos de cada una, determinismo y decisionismo, y se exploraban sus diferentes modos de encaje⁶. Es indudable que las decisiones tomadas durante la transición por los diferentes actores, individuales o colectivos, vinieron precedidas de un largo proceso de cambio social, o de modernización, si por tal se entiende una transformación de la sociedad en las dimensiones señaladas por Lipset: industrialización, urbanización, alfabetización y crecimiento de las clases medias. Ciego habría que estar para no verlo. Pero ese proceso no determinó ni cuándo, ni cómo, ni bajo quién, ni con qué obstáculos habría de discurrir el cambio político. Las elites procedentes del régimen y de la oposición – autoridades, dirigentes de partidos y sindicatos, jueces, clérigos, entre tantos otros- desempeñaron papeles fundamentales, no sólo porque tuvieron que responder a reivindicaciones desde abajo sino porque tuvieron que superar límites impuestos desde más arriba o desde los márgenes; como desempeñaron también un papel fundamental las convocatorias de huelga, la movilización universitaria, las manifestaciones pro-amnistía, los movimientos vecinales, las organizaciones feministas; y, como fondo de todo esto, la nueva cultura política que se había extendido por amplios sectores de la sociedad como fruto de los múltiples encuentros entre disidentes del franquismo y gentes que luchaban en la oposición. ¿Dónde está dicho que una atención específica al cambio de sociedad excluye un interés por la acción colectiva, por los movimientos sociales o por las culturas y los lenguajes políticos? En todo caso, desde los años setenta del siglo pasado hasta la primera década del

⁵ Miquel Roca i Junyent, “Amnistía y cambio”, *Destino*, 8-15 de enero de 1976.

⁶ Víctor Pérez Díaz, *La primacía de la sociedad civil*, Madrid, Alianza, 1993, pp. 41-42

actual los estudios sobre la transición, con los dedicados a la guerra civil y a la posguerra, se llevan la parte del león de nuestra producción en ciencias sociales e historia del siglo XX. Realmente, hay para dar y repartir, y el flujo, basado en todas clase de fuentes y con variedad de enfoques e interpretaciones de aspectos específicos o de la totalidad del proceso, no da señales de agotamiento, todo lo contrario: nunca han dejado de publicarse trabajos de excelente calidad⁷.

Resulta por eso algo fatigoso leer una y otra vez que de la transición existe, por una parte, una versión canónica, una historia oficial, un paradigma dominante o hegemónico, con su correspondiente *interpretación al uso*; y, por otra, la versión que nos propone el último artículo o el libro recién salido a la calle, que no es ni oficial, ni hegemónica, ni al uso y que se reviste de originalidad, de invención de un nuevo paradigma y hasta, en algún caso, de hito histórico. La primera -se dice- destaca su carácter modélico, privilegia el protagonismo de las elites políticas y hasta de dos o tres individuos mientras olvida o silencia el papel desempeñado por los movimientos sociales; la segunda denuncia a la primera como mito, como mentira, o como mito y mentira, cargando sobre ella la culpa de una amnesia, una desmemoria. La práctica se ha extendido hasta el punto de que hoy circulan tantos o más títulos que denuncian la transición como mito y mentira, o como amnesia y desmemoria, que historias oficiales puedan contarse⁸. Por debajo y en la superficie de esta amplia corriente navega una doble apuesta política: la transición a la democracia no fue tal, sino mero revoco de fachada de un régimen que se perpetúa a sí mismo por el mito, la mentira, la desmemoria y la traición; y además, esa transición, que en su día no fue, resulta ser hoy la gran culpable de los actuales déficit de una democracia a la que aguarda una segunda transición para ser auténtica, verdadera. En los apuntes que siguen

⁷ Por señalar sólo tres, de reciente aparición: Nicolás Sartorius y Alberto Sabio, *El final de la dictadura*, Madrid, Temas de Hoy, 2007; Javier Cercas, *Anatomía de un instante*, Barcelona, Debate, 2009; Sophie Baby, Olivier Compagnon y Eduardo González Calleja, eds., *Violencia y transiciones políticas a finales del siglo XX. Europa del Sur – América Latina*, Madrid, Casa de Velázquez, 2009.

⁸ En ocasiones sin que el contenido corresponda al título, como ocurre con Ferran Gallego, *El mito de la transición. La crisis del franquismo y los orígenes de la democracia (1973-1977)*, Barcelona, Crítica, 2008, que no es un análisis de ningún mito sino un minucioso relato del periodo, sustancialmente basado en editoriales y artículos de prensa, al que no favorece nada su agotadora sintaxis y algo más que dificultosa lectura.

me limitaré, en primer lugar, a algunas muestras de estas lanzadas contra los molinos de viento de la historia oficial y contra el supuesto modelo hegemónico procedentes en buena parte de nuevas generaciones de historiadores y, en un segundo apartado, a varias críticas de las *narrativas* de la transición como tiempo de *disremembering*, o de borradura de la memoria, de *erasure of memory*, que nos llegan de departamentos universitarios de Estados Unidos.

CONTRA LA HISTORIA OFICIAL

Entre las innumerables denuncias de la historia oficial no falta quien meta en el mismo saco todo lo hasta ahora escrito sobre la transición, excepto lo que el mismo denunciante propone como programa de futuro. Así, por ejemplo, Julio Pérez Serrano acumula en esta categoría nada menos que: 1) al marxismo académico, porque vincula la transición a las transformaciones económicas y sociales de los años sesenta; 2) a la historiografía liberal, porque ha interpretado la transición como resultado esperable de una tendencia natural; 3) a quienes militan contra el marxismo y el liberalismo pero relacionan la transición a la acción consciente de individuos, y 4) a quienes, sin dejar de aparentar que están en los antípodas del marxismo, del liberalismo y de la elección racional, atribuyen la transición a la acción de colectivos, sean grupos o masas. Aunque se trate de cuatro versiones aparentemente enfrentadas, la aguda mirada del denunciante percibe bajo la apariencia una nota común: todas comparten una “simplicidad narrativa” y “unidireccional” que resulta muy funcional para la legitimación del “actual régimen político” y, por tanto “todas tienen cabida en la historia oficial”⁹.

Si marxistas y liberales, decisionistas y estructuralistas, estudiosos de los movimientos sociales y privilegiadores del papel de las elites quedan marcados con el estigma de cultivar una “historia oficial” por el hecho de sucumbir a la simplicidad narrativa y buscar, bajo la forma relato, la legitimación del régimen actual ¿quién quedará libre? Pues, naturalmente, el denunciante, que propone como camino de liberación de las garras de la

⁹ Julio Pérez Serrano, “La transición a la democracia como modelo analítico para la historia del presente: un balance crítico”, en Rafael Quirosa-Cheyrouze, coord., *Historia de la Transición española. Los inicios del proceso democratizador*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pp. 61-76

historia oficial una opción, ni simple ni narrativa, que recupera el pasado y otra que abre el futuro. Consiste la primera en considerar la transición como una Segunda Restauración y valorarla a la luz de “la experiencia absoluta”. Consiste la segunda en considerar la transición realmente existente como primera fase de otra transición larga a la democracia, entendida como fue imaginada –siempre según el acta de acusación– por la oposición a la dictadura y por el exilio, o sea como restauración de la institucionalidad republicana derrocada por el golpe de Estado de 1936. Así vista, habría que interpretar la Segunda Restauración Monárquica como primera etapa del largo camino hacia la Instauración de la Tercera República (todo en mayúscula) aunque al autor de esta singular propuesta –interpretar el pasado en función de lo que desea para el futuro– se le hayan pasado por alto, entre otros, dos pequeños detalles: uno, que Segunda Restauración Monárquica tiene ya, desde hace más de treinta años, un *copyright* en posesión de Manuel Fraga Iribarne que, como es notorio, se imaginó como un Cánovas redivivo mientras desempeñó la vicepresidencia política del Gobierno como titular del ministerio de la Gobernación¹⁰; y dos, que socialistas y comunistas del exilio habían abandonado desde 1951 y 1956, respectivamente, cualquier resto de legitimismo republicano que aun quedara en sus programas.

De otra índole, pero no menos radical en su rechazo de la historia oficial, es el argumento ofrecido a lectores italianos por Xavier Díez, que observa con esperanza el futuro gracias a la presencia de una nueva memoria resistente, rebelde, insumisa. Estamos asistiendo, nos dice, al nacimiento de dos imaginarios contrapuestos de la transición: el de la historia oficial, fruto de la exitosa construcción de la historia de España que el franquismo consiguió introducir en la conciencia de muchos españoles, y el de las memorias divergentes de cuatro categorías de ciudadanos -catalanes, vascos, republicanos y libertarios- “que trataron de ser aplastadas por el poder y no se resignan a permanecer oprimidas”. Estas nuevas memorias, disidentes de la memoria oficial impuesta por el franquismo, han recibido un fuerte impulso gracias a la formación de un subsistema de medios de comunicación, autónomos de Madrid: las televisiones y radios autonómicas. Xavier Díez se

¹⁰ Manuel Fraga Iribarne, *Cánovas, Maeztu y otros discursos de la Segunda Restauración*, Madrid, Sala Editorial, 1976.

muestra, por tanto, optimista acerca de la auténtica subversión de la historia y de la memoria que llevará pareja “la creación, contra el deseo del Estado”, por parte del gobierno autónomo catalán, de una cadena de televisión y de Catalunya Radio, que supondrán la “auténtica independencia mediática y un modelo crítico y de gran calidad.” Según este debelador de los medios de comunicación de Madrid y de las televisiones oficiales, los que deseen alimentar una memoria disidente, y disfrutar al tiempo de emisiones críticas y de calidad, no tienen más que conectar con la cadena de la televisión oficial catalana, creada contra el deseo del Estado español por unos resistentes que no se resignaron a ver sus memorias aplastadas por el poder¹¹. Hay que leerlo para creerlo.

Entre los daños causados por la historia oficial debe contarse la producción de una “memoria nacional”, que “se dedica a ahogar la multiplicidad de recuerdos individuales en una memoria grupal, válida a escala de todo el país”. Esto es al menos lo que asegura Benedicte André-Bazzana en *Mitos y mentiras de la transición* (Barcelona, El Viejo Topo, 2006). ¿Y dónde habrá visto André-Bazzana a la obra esta especie de “memoria nacional” en trance de ahogar los recuerdos individuales? No lo dice, aunque, como prueba de su descubrimiento evoca la resurrección, veinte años después, de Adolfo Suárez, que fue presidente del Gobierno entre julio de 1976 y enero de 1980 (sic), entrevistándose “regularmente con los personajes centrales de la política, con Felipe González o con José María Aznar, para comentar con ellos la evolución de la situación política” e interviniendo “regularmente en público sobre los graves problemas que afectan al país”. ¿Puede André-Bazzana señalar una sola intervención de Suárez, veinte años después de 1981, “sobre los graves problemas que afectan al país”? Si puede, no se toma la molestia de buscarla. Y sin embargo, Suárez, mito de la transición, aquí está redivivo entrevistándose regularmente con González y con Aznar e interviniendo, también regularmente, para indicar la salida a los graves problemas políticos del país. Alguien, en las editoriales españolas, tendría que leer los originales y exigir a los autores un poco más de rigor y algo menos de fantasía.

¹¹ Xavier Díez, "La disolución de la historia oficial de la Transición", *Spagna Contemporanea*, 26, 2004, pp. 241-243

¿Tuvo la izquierda organizada en partidos y sindicatos algún modelo de transición al que renunció sobre la marcha, incurriendo en traición a una izquierda social real? Así lo cree Juan Ramón Capella, cuando afirma que ese modelo traicionado era la República, “libre de ataduras con el modelo precedente”, y propone la instauración de la República en Italia después de la guerra mundial como modelo alternativo posible (aunque haciendo abstracción del pequeño detalle de la intervención de los aliados –americanos, mayormente- como uno de los factores determinantes del proceso de reconstrucción de la democracia italiana)¹². El tema merecería mayor atención, pero una cosa es clara: en todas las reuniones de grupos y partidos de la oposición del exilio con disidentes del interior, iniciadas ya en los años cuarenta y que luego van esmaltando los largos años de lucha contra la dictadura, la cuestión de la forma de Estado quedó invariablemente en suspenso, sin definir, aunque en el bien entendido de que se llevaría a cabo bajo el signo monárquico: así fue en las reuniones de los socialistas con la Confederación de Fuerzas Monárquicas en 1948 y así fue en el coloquio de Munich en 1962. Como es sabido, personalidades independientes de la Junta Democrática, formada en torno al Partido Comunista, instaron en 1974 al pretendiente por antonomasia, Juan de Borbón, a dar un paso al frente que le pusiera en condiciones de tutelar el proceso. El PCE, por su parte, había adoptado de tiempo atrás, bajo la dirección de Santiago Carrillo, la misma política que el PCI cuando Palmiro Togliatti regresó a Italia desde Moscú al término de la Segunda Guerra Mundial: gobierno de unidad nacional, democracia parlamentaria, amnistía general y mantenimiento de la monarquía hasta el fin de la guerra, un programa que ha quedado para la historia del comunismo italiano como *svolta de Salerno* y que tuvo su correlato en España con las propuestas de gobierno provisional, amnistía general, proceso constituyente y recados al rey, ya durante el gobierno de Carlos Arias, para negociar las condiciones de la legalización¹³. Y por lo que

¹² Juan Ramón Capella, “La Constitución tácita”, en J. R. Capella, ed. *Las sombras del sistema constitucional español*, Madrid, Trotta, 2003, pp. 22-23.

¹³ Refiriéndose a los pactos de La Moncloa –pero esto vale para todo el proceso-, Santiago Carrillo recuerda haber aprendido “de las transiciones del fascismo a la democracia en otros países” y, más concretamente, de lo que hizo en 1945 el PC en Francia y Togliatti en Italia: “La

hace al PSOE, ni la resolución del exilio sobre el proceso de transición “sin signo institucional definido” ni la estrategia de “conquista de parcelas de libertad” por los socialistas del interior implicaban en la práctica la instauración de una República federal que, en la teoría, habían proclamado los jóvenes en el congreso refundacional de Suresnes. Ciertamente, siempre quedará una “izquierda social real” a la que asignar una meta traicionada por sus líderes; pero ¿dónde se movía, dónde actuaba, esa izquierda social real? ¿En Comisiones Obreras, en los movimientos vecinales, en los grupos a la izquierda del PCE, en ETA? Habría que señalarlo para medir su implantación en la sociedad y su fuerza política y calibrar así la magnitud de la traición.

En otras ocasiones, el papel que corresponde –sea el que fuere- a dirigentes y partidos políticos se pone en entredicho atribuyendo decisiones críticas del proceso a agentes actuando en la sombra, sobre todo al mando militar, aunque la denuncia lleve a incurrir en ciertos anacronismos. Por ejemplo, según Luis Castro, los altos mandos militares impusieron, en la célebre reunión con el presidente del Gobierno de 8 de septiembre de 1976, varias condiciones para dar su visto bueno “a regañadientes” a los proyectos que les exponía Adolfo Suárez. Entre esas condiciones, Castro menciona tres principales: que no se pusiera en peligro la unidad de España, que se excluyera al Partido Comunista del juego político y que “ganaran las elecciones los neofranquistas de la UCD, sin excluir a Alianza Popular”¹⁴. Del peligro de ruptura de la unidad de España se habló mucho, año y medio después de esta reunión, en el debate constitucional -y no faltan quienes cargan a la cuenta de una “amenaza golpista” la adopción por los constituyentes de 1978 del término ‘nacionalidad’, al que se atribuyen “raíces estalinianas”¹⁵-, pero en aquella célebre reunión nadie, ni siquiera el gobierno, sabía aún que se iba a formar un poder constituyente que habría de lidiar con el problema de la unidad de España. Que los militares impusieran en

transición en España: testimonio de Santiago Carrillo”, en Javier Ugarte, ed., *La transición en el País Vasco y España*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1998, pp. 161-162.

¹⁴ Luis Castro, *Héroes y caídos. Políticas de la memoria en la España contemporánea*. Madrid, Catarata, 2008, p. 273.

¹⁵ Josep Ramoneda, “La penúltima oportunidad”, *El País*, 7 de septiembre de 2009. Para “la inclusión del término nacionalidades” por la minoría catalana y su defensa como “punto esencial, absolutamente básico de su política constitucional”, puede verse el discurso de Jordi Pujol en *Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados*, 103, 4 de julio de 1978, pp. 3809-3811.

septiembre de 1976 como condición del proceso la exclusión del Partido Comunista del juego político demostraría lo contrario de lo que se pretende: que no lograron imponer sus condiciones. En fin, lo más intrigante es que los altos mandos militares supieran a principios de septiembre de 1976 que se crearían dos partidos: Alianza Popular y UCD. En realidad, nadie entonces podía saberlo, pero como una de las tesis más repetida por quienes consideran mito y mentira la transición es que todo se realizó bajo el ruido de sables, no hay más remedio que atribuir a los militares la iniciativa de establecer como condición para que el proceso siguiera adelante que las elecciones previstas en la Ley para la reforma política –que el 8 de septiembre aun no había llegado a la categoría de proyecto de ley- tenía que ganarlas UCD sin excluir a AP, dos partidos o, más bien, dos coaliciones de pequeños grupos políticos que por aquellas fechas esperaban todavía en el limbo el día de su llegada al mundo. Como es sabido, Alianza Popular se presentó en público ya avanzado octubre de 1976, mientras UCD esperó a los primeros días de mayo de 1977 para dar señales de vida. Mal podían los militares, un 8 de septiembre de 1976, poner como condición para que el proceso siguiera adelante las garantías de triunfo electoral para estas dos formaciones, por muy neofranquistas que fueran.

En estos combates contra la llamada historia oficial, ocupa lugar principal el papel desempeñado por la memoria de la República, la guerra y el franquismo, un tema que ha adquirido renovada fuerza desde que, con motivo de la llegada del Partido Popular al gobierno y, sobre todo, desde su mayoría absoluta del año 2000, se ha desplazado hasta la República el origen y fundamento de la actual democracia. Y en esta nueva visión es admirable la proclividad a sacar conclusiones generales a partir de fuentes muy limitadas. Por ejemplo, después de analizar someramente los editoriales y artículos que *ABC*, *Ya* y *El Alcázar* y, desde su aparición en mayo de 1976, *El País*, dedicaron a la República con motivo de sus aniversarios de 14 de abril, Carsten Humlebaek llega a la conclusión de que durante la transición “no se alteró sustancialmente la interpretación histórica de la República en la que [Franco] había basado su discurso legitimador”. Hombre, quizás *ABC*, *Ya* y *El Alcázar*, y sus respectivos lectores, no alteraran sustancial ni insustancialmente sus viejas convicciones: al cabo, monárquicos, católicos y fascistas formaron parte de la coalición vencedora; pero deducir de ahí que

“durante la transición” el mito franquista de los españoles ingobernables se mostró eficaz como contra-narrativa para el nuevo régimen democrático es una inferencia que no toma en cuenta la abundante narrativa que de tiempo atrás veía ya en la española una sociedad homologable a las europeas del entorno, muy concretamente en lo que se refería a la capacidad de los españoles para gobernarse en democracia¹⁶.

La vigencia de esa inalterada memoria de la República impuesta por el franquismo sirve a Humlebaek para afirmar que la Constitución de 1978 es una “verdadera antítesis” de la Constitución de 1931, como si el trabajo de los constituyentes se hubiera limitado a tenerla a la vista para hacer, en cada momento, también en lo que se refiere al Título VIII, exactamente lo contrario. ¿Antítesis de la Constitución de 1931 la promulgada en 1978? Más valdría en este punto dejarse informar por algún constitucionalista como Pedro Cruz Villalón cuando asegura que “la fuente básica de inspiración [del título VIII de la Constitución Española de 1978] es la anterior Constitución de 1931”, un detalle en el que también podría haber reparado Humlebaek si se hubiera tomado la molestia de cotejar los dos textos: el principio dispositivo y la generalización del principio autonómico como llaves para la reestructuración del poder territorial del Estado español fueron introducidos por vez primera en nuestra historia constitucional por los constituyentes de 1931 o, mejor aún, por la Comisión jurídica asesora, autora del anteproyecto de Constitución de la República Española, que la Comisión parlamentaria y luego el Pleno del Congreso transformaron en algunos puntos fundamentales aunque recogiendo aquellos dos principios al dar a luz lo que se llamó Estado integral y regiones autónomas. Los constituyentes de 1978 adaptaron aquellos dos principios a la nueva circunstancia histórica y ampliaron los límites de la autonomía sorteando la oposición militar al reconocimiento constitucional de las nacionalidades por medio del conocido énfasis en la retórica de la unidad de la patria común. De tal manera, Estado integral y regiones autónomas de 1931 se convirtieron en 1978 en Estado de las autonomías y Comunidades

¹⁶ Carsten Humlebaek, “La memoria de la Segunda República durante la transición a la democracia”, en Ángeles Egido León, *Memoria de la Segunda República. Mito y realidad*, Madrid, Biblioteca Nueva / CIERE, 2006, pp. 159-173.

autónomas: no es lo mismo, pero tampoco su antítesis; más bien, un paso adelante en idéntica dirección.

Más allá de este asunto, ¿qué inspiró en mayor medida a los constituyentes de 1978, las constituciones europeas de posguerra o el miedo a repetir los presuntos errores de la República española? Tanto se ha insistido en el miedo y la aversión al riesgo como determinantes, junto al ruido de sables, de la transición, que la respuesta está lista antes de formular la pregunta. Pero algo, una parte al menos, habría que conceder a las sucesivas iniciativas de la Ponencia, de la Comisión constitucional y del Pleno del Congreso, que no carecían de competentes constitucionalistas y profesores de Teoría del Estado, Derecho Político y Filosofía del Derecho, entre ellos un diputado comunista, experto en derecho constitucional y muy activo en todos los debates, Jordi Solé Tura¹⁷. Y, si de inspiración se trata, no se puede ignorar el precedente de la Ley Fundamental de la República Federal de Alemania para matizar ese tópico de que los constituyentes estuvieron guiados por la obsesión de hacer exactamente lo contrario, la verdadera antítesis, de lo realizado por sus predecesores de 1931. Ni todo se explica por el miedo, ni la Constitución de 1978 es antítesis sino, en muchos y fundamentales sentidos, continuación y culminación de la de 1931; o, como lo dijo Miquel Roca en la Comisión de Asuntos Constitucionales: “Se cierra un paréntesis, se recupera una historia y se proyecta hacia el futuro la renovada esperanza en la capacidad de todos para convivir democráticamente. Vamos a hacer una nueva Constitución para un Estado democrático. Pero no partimos de cero; partimos de una historia que un paréntesis interrumpió, que asumimos en su totalidad para cambiar lo que fueron errores y desaciertos, pero para ser fieles a la constante de la democracia, que es buscar y profundizar en la libertad”¹⁸.

¹⁷ Aunque no falta algún crítico que no se había enterado, casi veinte años después, de que el PCE había sido legalizado en una inolvidable noche de abril de 1977: Julio Rodríguez Puértolas, “Democracia, literatura y poder”, en AA.VV., *Del franquismo a la posmodernidad. Cultura española, 1975-1990*, Madrid, Akal, 1995, p. 267, donde puede leerse: “Las primeras elecciones libres (aunque no tanto: el Partido Comunista seguía prohibido) tienen lugar el 15 de junio de 1977”. De nuevo ¿no hay en las editoriales lectores que eviten a los autores tan lamentables deslices?

¹⁸ De Pedro Cruz Villalón, “La recepción de la Ley Fundamental de la República Federal de Alemania”, recogido en *La curiosidad del jurista persa, y otros estudios sobre la Constitución*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2006, pp. 77-104. Miquel Roca i Junyent, *Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados, Comisión de Asuntos Constitucionales y Libertades Públicas*, 5 de mayo de 1978, p. 2052.

BORRADURAS DE LA MEMORIA

En el cúmulo de estas miradas que se presentan como alternativas a la historia oficial, brillan con luz propia las que nos llegan desde varios departamentos de lengua y filología románicas de las universidades europeas y americanas. Girando en torno al desmoronamiento de las utopías revolucionarias y a la dedicación de “españolas y españoles a la pasión desesperada a borrar, a no mencionar”, que Teresa Vilarós lamentó en su día por haber frustrado la construcción de “una organización social más o menos marxista”, y sin especificar qué demonios se entiende por organización social más o menos marxista, Cristina Tango propone asomarse al “momento fisural” de la transición por sus dos caras, una que silencia el pasado encriptándolo en un no lugar y otra que transforma a España en una nación experimental. Momento fisural, no-lugar frente a experimento, la transición es la ocasión de una “nueva narratividad que se sustenta en dos narraciones antitéticas”, una la oficial, escrita “desde arriba por la retórica del olvido, del consenso y de la amnistía” y otra subterránea, desde abajo, escrita desde la calle donde esa máquina cultural se constituye en máquina deseante. Y fue precisamente en la bisagra de ese doble momento donde nació la Movida, “un movimiento de exploración vivencial lúdica y cultural hedonista-warholiana” que sólo es comprensible si vienen en nuestra ayuda los conceptos de “reterritorialización /corporeización de la realidad” y “de destape artístico-ontológico”. Y así se comprende que un Madrid hipermediocre, hipergris, vacío, arquetipo de inmovilismo, se haya convertido en...ila ciudad más estimulante del mundo!¹⁹.

Allí mismo, pues, en la Movida, donde Teresa Vilarós o Thierry Maurice habían encontrado la prueba irrefutable de la amnesia española²⁰, de la capacidad de los españoles para reencontrarse sin memoria, de la voluntad de no saber, de la huida del pasado, de la Cosa atragantada, de la borradura de la memoria, Cristina Tango percibe el desmoronamiento del sistema hegemónico franquista y la desaparición del Sujeto Barrado del que brota el

¹⁹ Tresa Vilarós, *El mono del desencanto. Una crítica cultural de la transición española (1973-1993)*, Madrid, Siglo XXI, 1998, pp. 8-10. Cristina Tango, *La transición y su doble. El rock y Radio Futura*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006, pp. 61-62.

²⁰ Para la capacidad del reencuentro sin memoria como perpetuación del franquismo y su caución por la movida, Thierry Maurice, "La movida ou l'impossible mémoire du franquisme", *Esprit*, 266-267 (agosto-septiembre de 2000), pp. 103-118.

individuo. El contenido de la transición desde abajo, desde la calle, queda pues revelado, a través de la Movida, por una teoría en la que hegemonía significa, según la autora, “en términos hegelianos aquella organización política que se constituye en tanto que universalidad aniquiladora mediante exclusiones y que requiere la incompletitud en la formación del sujeto”. Si no se entiende mal, lo que tenemos aquí es, por un lado, una hegemonía iluminada por Hegel, y por otra, “la palabra Sujeto Barrado [que aparece] en términos lacanianos, como aquel sujeto incompleto oposicional al sujeto moderno cartesiano incapaz e imposibilitado de exteriorizarse a través de sus obras porque es el poder hegemónico el que filtra la comprensión y aprehensión de lo cotidiano, que manipula las relaciones sociales y que orquesta las maneras en que estas relaciones se reproducen anulando al individuo como tal”. No a todos los individuos, habría que añadir, porque si los hubiera anulado a todos, la autora habría perdido su capacidad de percibir y denunciar a ese poder hegemónico filtrando la comprensión de lo cotidiano. En todo caso, si el lector es capaz de superar la carrera de obstáculos de la que esta sembrada esta logomaquia, podrá acompañar a Cristina Tango en su fascinante viaje con Radio Futura y con el alter-ego de Santiago Auserón y su proyecto de Juan Perro hasta desembarcar, viniendo de Madrid, la capital más excitante del mundo, en La Habana, hermosa ciudad, “nueva Atenas donde la lira del pobre se ha alzado para siempre”.

Moviéndose por la senda abierta por Vilarós, Alberto Medina propone una visión del periodo en la que, tras cuarenta años vacíos, de espacio en blanco, habitados únicamente por la espera de la muerte del dictador, cuarenta años “de paréntesis plagados de un discurso furiosamente antimoderno”, España se precipita en la confusión posmoderna. Para eso, ha tenido que proceder a la borradura del pasado, que permite “la meticulosa reducción” del modelo habermasiano de conversación a un nivel meramente icónico, lo que a su vez, y gracias a la reconstitución de la elite política en metonimia de la comunidad, da paso “a la representación de un meticuloso drama de reconciliación nacional”, ante la que un público engañado permite la introducción de la nación, de modo soslayado, en los hábitos de la inminente

“sociedad del espectáculo”²¹. Algo hay de increíble en esta fantástica historia, no sólo los paréntesis plagados de vacío, no el modelo habermasiano corrompido, no la borradura del pasado, tampoco la política como representación, ni ese público al que el observador contempla desde su olimpo, engañado como rebaño de ovejas, dispuesto a tragarse todo lo que le echen desde el tablado de la farsa, ni la entrada de España soslayadamente en la sociedad de consumo: todo esto son lugares comunes en los “cultural studies” que han digerido a toda prisa variadas raciones de “French theory”; sino la reiterada *meticulosidad* con que se planeó y desarrolló todo el proceso: nadie que haya participado en la representación podría sospechar que cada vez que salía a la calle, a enfrentarse a la policía, a organizar una manifestación, a protestar, a reivindicar “libertad, amnistía, estatuto de autonomía”, o simplemente, a votar, estaba cumpliendo su papel en un guión meticulosamente establecido en las esferas celestiales.

Y por lo que se refiere al lugar común del olvido y a la “desmemoria” de la República y de la dictadura durante la transición, es curioso observar cómo muchos que no pararon de organizar, participar y colaborar en congresos, coloquios, ciclos de conferencias, aniversarios de la proclamación de la República, de la revolución de octubre, del frente popular, del comienzo de la guerra, del fin de la guerra, con su amplia secuela de artículos en periódicos, números extraordinarios de revistas culturales, dossieres de revistas de difusión histórica, números monográficos de revistas académicas, de historia y de ciencias sociales, se han subido al carro del olvido y ahora no dejan de afirmar que durante veinte años, desde 1975 a 1996, la República y la guerra cayeron en un pozo de silencio y, peor aun, de desmemoria, arrastrando en su caída a la dictadura, de la que al parecer nadie quiso saber nada. La falsa impresión de que sólo libros académicos trataban de este reciente pasado, en la que insiste una y otra vez, venga o no a cuento, Vicenç Navarro y repiten otros, prueba únicamente que ignoran, o fingen ignorar, lo mucho que sobre la República, la guerra y la dictadura apareció en las publicaciones más populares, destinadas a eso que se llama gran público. Pero afirmar, como quien está en el secreto de la efigie, que entre nosotros reinó la desmemoria, el

²¹ Alberto Medina Domínguez, *Exorcismos de la memoria. Políticas y poéticas de la melancolía en la España de la transición*. Madrid, Ediciones Libertarias, 2001

silencio y el olvido es más cómodo, exige menos esfuerzo de documentación y resulta más gratificante que documentarlo y probarlo.

Puede ocurrir incluso que tropecemos en un mismo párrafo con afirmaciones que no sólo renuncian a la antigualla de la objetividad sino, y por lo mismo, al viejo principio de no contradicción. Así, Janett Reinstädler nos asegura que “es bien conocido (y ha sido muy estudiado) que los españoles de la transición no beben en la fuente de Mnemosine sino más bien en la del Leteo”, porque, convencidos de que sólo un pacto político de silencio podía garantizar la transición pacífica a la democracia, “decidieron sepultar la memoria colectiva de los crímenes dictatoriales”. ¿Prueba? la que proporciona “el ex jefe de estado (sic) Felipe González” cuando en 1986 dice que una guerra civil no es un acontecimiento conmemorable. Pasando por alto la confusión del cargo del personaje, ¿todos los españoles cavaron la sepultura donde enterraron la memoria? No, nos dice la misma autora; desde hacía años actuaba una memoria contra los discursos oficiales y monolíticos. Es la memoria como resistencia, origen de un singular fenómeno: a partir de 1975 “las obras que tematizan detalladamente las experiencias de la Guerra civil y del franquismo aumentaron [...] considerablemente”. Un considerable aumento que continuó en años posteriores: “¿Por qué sigue siendo la guerra civil un tópico que motiva grandes ventas de libros y llena a tope salas de conferencias?” se preguntaba Paul Preston en 1990, y su respuesta es la de un buen conocedor del ambiente que se respiraba durante aquellos años: “El interés por la guerra civil no ha disminuido: es vívidamente recordada por los que participaron en ella y se estudia con gran dedicación por los jóvenes en España y en otras partes”²².

Si todo esto es verdad, si las obras que “tematizan” la guerra y el franquismo aumentan considerablemente y si el interés por la guerra civil llena a tope las salas de conferencia, ¿cómo es posible afirmar que los españoles se afanan en beber en el río del olvido para sepultar en su lecho la memoria y reencarnarse ligeros de pasado? Misterio. Si Carmen Martín Gaité

²² Janett Reinstädler, “Estrategia mnemónicas en tres autoras de la Transición española”, en Javier Gómez Montero, ed., *Memoria literaria de la Transición española*, Iberoamericana / Vervuert, 2007, pp. 119-135. Paul Preston, “Venganza y reconciliación: la Guerra civil española y la memoria histórica”, en B. Ciplijauskaitė y C. Maurer, eds., *La voluntad de humanismo. Homenaje a Juan Marichal*, Barcelona, Anthropos, 1990, pp. 75 y 71.

acierta cuando habla de la proliferación de memorias que invadieron como “una peste” el mercado editorial después de la muerte de Franco y si Janet Reinstädler muestra su acuerdo con lo escrito por Martín Gaité, ¿cómo puede afirmar que los españoles no bebían también algunos sorbos en la fuente de Mnemósine? Españoles fueron los protagonistas de aquella eclosión de memorias y españoles eran los que en *Triunfo*, *Destino*, *Cuadernos para el diálogo*, *Cambio 16*, *El Viejo Topo*, *Interviú* y tantas otras revistas semanales, mensuales y trimestrales, por no hablar de periódicos diarios, ni de revistas de divulgación histórica, que conocieron entre 1976 y 1980 la época de su mayor difusión y que, entre todos, dedicaron cientos, miles de páginas, a la República y a sus esperanzas y conflictos, a la guerra y a sus sacas, paseos y fosas, a las operaciones militares y a los enfrentamientos políticos, a la dictadura y a sus crímenes, al exilio y a la oposición interior; miles de páginas que leían –que leíamos- unos cuantos millones de españoles²³.

Es asombrosa, de otra parte, la extraordinaria facilidad con la que estudios culturales reconstruyen, no ya el clima, sino todo lo ocurrido en una época, sirviéndose de la compañía de algún personaje de ficción. Ejemplo de esta técnica es Joan Ramon Resina, que basa su argumento sobre la universalidad de la amnesia inducida desde el Estado en la conversación mantenida por una estudiante americana con un joven político que en *Galíndez*, de Manuel Vázquez Montalbán, le comenta lo muy tranquilo y muy a gusto que vive sin memoria. El político que así habla con la estudiante –y ahora es Resina quien interviene- “está a cargo de los presupuestos del Ministerio de Cultura” que financió generosa y arbitrariamente la muy cacareada posmodernidad de Madrid. Esta manera de argumentar mezcla un Ministerio de Cultura realmente existente, con un personaje de ficción, responsable de un negociado inexistente (nadie, en ningún ministerio, está “a cargo de los presupuestos”), que financia un movimiento cultural nacido tres años y medio antes de que aquel joven llegara al gobierno, cuando de la movida comenzaba ya la resaca. Pero eso no importa: la movida madrileña no

²³ La reflexión de Carmen Martín Gaité es de *El cuarto de atrás*, Barcelona, Destino, 1978, p. 128. La primera y magnífica serie sobre el franquismo de que tengo noticia es “Cataluña en la época franquista” publicada en *Destino* desde octubre de 1976 a abril de 1977. Sobre fosas es conocida la larga serie de reportajes publicada en *Interviú* entre agosto de 1977 y enero de 1979.

fue más que el ardid de un político desmemoriado que derrochó el presupuesto de su ministerio en convocar una fiesta con el perverso propósito de que nadie se acordara del pasado²⁴.

Resina, que reclama enfáticamente “la necesidad de presentar pruebas inexpugnables” como “requisito de la historiografía seria”, más decisiva aún para “el historiador que combate la doxa del Estado”, no aporta ninguna prueba –inexpugnable o no- de nada de lo que afirma: el empirismo no goza de buena fama en el campo de los *cultural studies*. Quizá por eso no se molestó en documentar que la fiesta madrileña venía celebrándose años antes de que un manirroto y desmemoriado funcionario de ficción decidiera dilapidar en ella los presupuestos de su ministerio. Con más fundamento, pudo haber argumentado que el Ayuntamiento de Madrid, con Enrique Tierno Galván al frente tras las primeras elecciones municipales de abril de 1979, fue el que dio alas al corto vuelo de aquella fiesta: sería entonces un viejo profesor con una larga historia de oposición a la dictadura y no un joven político el gran promotor de la desmemoria; o pudo haber recordado que los sucesivos ministerios de Cultura, hasta el día de hoy, financian generosa y discrecionalmente la presencia de escritores españoles en el extranjero para presentar sus libros, sin importarles demasiado, como es obligado, que repitan una y otra vez en sus intervenciones lo desmemoriados que son los políticos que financian con dinero público sus viajes. Vázquez Montalbán, creador del político desmemoriado, se contó durante muchos años entre los escritores españoles más veces invitados por los amnésicos funcionarios de aquel ministerio a presentar en el extranjero sus libros y, de paso, fustigar la amnesia del poder, un tema sobre el que a menudo volvía en sus semanales columnas en *El País*. Es curioso que, en el mismo libro, Yvette Sánchez se refiera, basada en un estudio de César Oliva, a las inversiones estatales en teatros públicos, calificándolas de “lujo infraestructural”. Entre la movida y los lujos, no se explica cómo pudo Jaime Salinas, director general del Libro y de Bibliotecas, empeñarse en su programa de construcción de bibliotecas públicas, pero, en todo caso, debido a aquellos lujos y a una política de

²⁴ Joan Ramon Resina, “Short of memory: the reclamation of the past since the Spanish transition to democracy”, en Joan Ramon Resina, ed., *Disremembering the dictatorship: the politics of memory in the Spanish transition to democracy*, Amsterdam-Atlanta: Rodopi, 2001, pp. 83-125.

subvenciones, es posible que el teatro, como el cine, no hayan desaparecido por completo de nuestra vida cultural y hayan contribuido con obras y películas que están en el recuerdo de todos a que los españoles no perdiéramos por completo nuestra memoria.

Además del joven político, aparecen en estas lucubraciones sobre el *disremembering* otros dos actores que confluyen con el Estado en idéntico propósito de extender la desmemoria entre los ciudadanos españoles: el diario *El País*, “instrumento hegemónico para establecer e imponer una idea determinada de España”, y el Mercado, que inaugura otro tipo de presente amputando el pasado, de tal manera que “una vez integrada España en el mercado mundial, las memorias de la Guerra civil y de la dictadura se volvieron superfluas, hasta contraproducentes, y que en su lugar se instaló la amnesia”. De modo que la impía alianza de Estado, Mercado y *El País* – periódico, por cierto, en el que Vázquez Montalbán, además de frecuentes tribunas, tenía regularmente su columna con su determinada idea de España– habría impuesto una política de *disremembering*, o de *erasure of memory* como la define Salvador Cardús en su contribución al mismo libro. Los olvidados fueron los perdedores de la guerra civil, aunque, según Resina, “sólo cabe considerar víctimas del franquismo a aquellos individuos o grupos que sufrieron por su apego a la legalidad democrática, no así a quienes vieron frustrados sus propios proyectos de liquidar la democracia e instituir dictaduras de otro signo que sin duda hubieran acarreado represiones no menos sangrientas...”²⁵. El laberinto en que nos introduce esta diferencia entre víctimas según su “apego a la legalidad democrática” es para perderse: durante la República y la guerra civil, la lista de proyectos de liquidar la democracia e instaurar “dictaduras de otro signo” fue larga y sería necesario concretar de quién exactamente se habla cuando se niega la calidad de víctimas del franquismo a aquellos que vieron frustrados sus proyectos de “instituir dictaduras de otro signo”. ¿A los comunistas, tal vez? ¿A los socialistas de la facción revolucionaria, que hablaban de dictadura del proletariado? ¿O quizás a los anarcosindicalistas, que aprobaron en uno de

²⁵ Para esto, Joan Ramon Resina, “¿Para qué la memoria? Consideraciones sobre una política del duelo”, en Rosa M^a Medina Doménech, Beatriz Molina Rueda y María García-Miguel, coords., *Memoria y reconstrucción de la paz*, Madrid, La Catarata, 2008, pp. 37 y 38.

sus congresos un proyecto de Estado sindical del que era por completo ajeno cualquier apego a la democracia?

Resina concede también, como Reinstädler, que en contraste con lo que viene argumentando sobre la desmemoria, se produjo el extraordinario fenómeno de la industria editorial. Pero en lugar de indagar en su alcance y resultados, y supuesto que la amnesia había instalado ya sus reales en el océano al que va a desembocar el Leteo, ese fenómeno editorial extraordinario se explica por... ilas necesidades de readaptación al mercado! De manera que el fenómeno, realmente extraordinario, de producción editorial dedicada a la guerra civil y a la dictadura, con toda clase de géneros: periodismo, novelas, cuentos, poesía, ensayo, colecciones de folletos a cien pesetas, autobiografías, memorias, teatro, reportajes, y con una notable presencia de mujeres²⁶, tenía como meta readaptar a los españoles a la amnesia introduciéndolos en un mercado que, por definición, amputa el pasado aunque sea a costa de ofrecer al público en una cadena nunca interrumpida miles de libros de memorias y de historias sobre la República, la guerra civil y la dictadura. Y así, si no se publica, malo: prueba de que los españoles estaban lobotomizados, como insiste, desde hace treinta años, José Vidal-Beneyto, que a su vez ha olvidado las visitas a Estoril de las entonces llamadas personalidades independientes que soñaban con instaurar una república de la mano del pretendiente Juan de Borbón; pero si se publica, peor: prueba de un nuevo tipo de amnesia determinada por la eclosión de un extraordinario fenómeno editorial que readapta a los españoles a las necesidades del mercado extendiendo el olvido de un pasado del que jamás ha dejado de hablarse.

Estas divagaciones sobre el Mercado que todo lo domina porque todo lo readapta recuerdan aquellas otras de Teresa Vilarós sobre “el fluir avasallador del capitalismo tardío” en su intencionadamente paradójica explicación del nacimiento, auge y caída de *Triunfo*, la revista a la que “la elite intelectual de izquierda” acudió “en desbandada” en 1962 y que abandonó con idéntico furor en 1976 para lanzarse en brazos del semanario *Hola*. No se dirá que la propuesta no es original. De un brochazo, Vilarós nos daba cuenta de toda la

²⁶ Como ha señalado Janet Pérez, “Behind the lines: The Spanish Civil War and women writers”, en Janet Pérez y Wendell Aycock, *The Spanish Civil War in literature*, Lubbock, Texas Tech University Press, 1990, p. 167

transición cultural: una elite intelectual de izquierdas, que había defendido para el posfranquismo salidas en consonancia con el “historicismo marxista” se pierde en “los nuevos mapas económicos, culturales y políticos del capitalismo tardío” y abandona la utopía marxista para leer frenéticamente *Hola*. Y si es original la propuesta, más lo es la explicación, que la autora califica de “a contracorriente”, faltaría más: quien no confiese estar a contracorriente o contra la doxa del Estado lo debe de tener mal en un departamento de literatura de Estados Unidos, siempre a salvo de los estragos causados al resto de los mortales por el fluir del capitalismo tardío y las constricciones de la ortodoxia estatal. ¿Por qué acudieron en desbandada los intelectuales de izquierda a *Triunfo* en 1962? Pues porque, inconscientemente, sin ellos saberlo, *Triunfo* les introducía en el mercado mundial del capitalismo tardío. ¿Y por qué lo abandonaron desde 1977? Pues porque sin ellos saberlo, inconscientemente, *Triunfo* había cumplido ya su misión de introducirlos en el mercado mundial del capitalismo tardío. No exagero ni hago caricatura: reproduzco citas textuales y me quedo corto. Escribe Vilarós: “A diferencia de las proposiciones que tienden a conceptualizar el deseo de libertad de la España franquista como un cuerpo ideológicamente politizado, propongo asumir y estudiar el descentramiento pivotal que tal deseo representó [...] un deseo de libertad política cruzado por un deseo de voluntad consumista”²⁷. Este proceso de descentramiento pivotal causado por el deseo de libertad, por una parte, y *el deseo de voluntad* de consumo, por otra, fue el que llevó en desbandada a los intelectuales de izquierda a comprar su ejemplar de *Triunfo* cada semana; pero es el mismo

²⁷ Teresa Vilarós, *El mono del desencanto*, pp. 60-84. De parecido tenor es la crítica formulada por Eduardo Subirats en *Intransiciones. Crítica de la cultura española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002. Subirats presenta en este libro, como contraste de la degradación mercantil de la cultura española, la “limpia mirada crítica: comprometida, sorprendente, independiente, inteligente y, además, chispeante y chistosa” de un grupo de “intelectuales exiliados o exiliados intelectuales” produciendo en sus “discusiones deambulantes en las tabernas del East Village [...] en los seminarios de la New York University y a lo largo de una serie de casuales coincidencias clandestinas en México, Lima, Madrid y Caracas” una serie de “ensayos que señalan un hito [...] trazan una nueva mirada, inauguran una visión sociológica y civilizatoria inusitada”. Y, alcanzada la cima de la fatuidad, remacha poco después: “Este libro señala un hito, una nueva mirada histórica”. Hito, nueva mirada histórica, nueva visión sociológica y hasta nueva civilización, todo esto es el libro coordinado por Subirats en el exilio y en reuniones clandestinas, vale; pero, por decirlo como Lucien Febvre a Daniel Guérin: “¿Es a usted a quien corresponde pregonarlo desde los techos con grandes kikirikies de gallo desgañitado? Si es verdad, lo veremos perfectamente. Y lo diremos. Si usted nos deja decirlo en paz”.

deseo de libertad política cruzado por *el deseo de voluntad* consumista lo que al final liquidó a *Triunfo* y lanzó a la izquierda en brazos de *Hola*. Desde entonces, vivimos pivotalmente descentrados: he ahí la paradójica clave de nuestra paradoja.

Llegados a este punto, permítaseme levantar la mano y expresar una tímida protesta: sin ser intelectual de izquierda, fui lector de *Triunfo*, aunque, pobre de mí, inconsciente de sumergirme cada semana con su lectura en el dulce encanto de los mercados de consumo del capitalismo. Ahora, si fui lector de *Triunfo*, nunca gasté ni un céntimo en decantarme por *Hola*. A algunos colegas de aquellos tiempos que también leían *Triunfo* he preguntado si en algún momento se decantaron por *Hola*. Todos me han respondido que no, que ni por asomo, aunque alguno me ha sugerido: quizás en Barcelona, cuando la *gauche divine*. No lo sé, pero lo que sí sé es que entre una cosa y otra, o sea entre decantarnos por *Triunfo* y no decantarnos por *Hola*, todos seguimos atrapados en las redes del capitalismo tardío, un mal del que se han librado los críticos culturales desde el Village, en Nueva York, a Stanford, en California, que pueden seguir cultivando en sus campus universitarios, sean verdes praderas o enclaves urbanos, junto a la memoria, el historicismo marxista, el hegelianismo, el lacananismo y, si se tercia, el habermasianismo, mezclados todos los ingredientes en la gran batidora globalizada de las propuestas revolucionarias y de las soluciones radicales del socialismo primitivo. Benditos sean.

EN CONCLUSIÓN

Bajo la denuncia de la transición como tiempo de mentira, mito, miedo, desmemoria y traición ha vuelto al terreno de la historiografía y de la crítica culturalista una manera de interpretación de la historia que consiste en explicar el pasado por aquello que no ocurrió y que, en opinión del intérprete, debió haber ocurrido: no se trata de dar cuenta de lo que efectivamente sucedió sino de lucubrar sobre un no sucedido y sus causas profundas, ocultas a la vista de las *interpretaciones al uso* y del público en general. En nuestro tiempo le ha tocado el turno a la transición de la dictadura a la democracia, del mismo modo que en la historiografía del siglo XIX le tocó a la revolución industrial, que fracasó; a la revolución liberal, que no dio los frutos que de ella se podían esperar; y a la formación del Estado nacional, débil y finalmente

también fracasado. Ahora no se trata de analizar qué memorias y qué políticas de memoria actuaron en aquellos años, que fueron varias y enfrentadas, sino de negar la existencia de memoria o afirmar la omnipresencia de una que todo lo borra, la oficial; ni de situar el miedo entre otras pasiones actuantes, sino de atribuir todo lo no sucedido a la pasividad, a la parálisis de unas gentes amedrentadas que habían perdido el rumbo y el sentido de la acción. Se han construido así unos relatos de los años de transición como los de un gran desistimiento que será preciso reparar, treinta años después, con un programa de políticas públicas de memoria destinadas a consolarnos por las derrotas del pasado, como si se dijera: puesto que el futuro es sombrío, cambiemos el pasado para así soportar mejor este maldito presente, herencia de una transición que no fue sino mentira, mito, amnesia y *disremembering*.